[Publicado previamente en: *Goya. Revista de arte* nº 131, marzo-abril 1976, 282-286. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor y del editor, la Fundación Lázaro Galdiano, con la paginación original].

Vaso de plata. Época helenística.

ANTIGÜEDADES IBERAS, ROMANAS Y VISIGODAS DEL MUSEO LÁZARO GALDIANO

Por J. M. BLÁZQUEZ

El Museo Lázaro Galdiano de Madrid exhibe entre sus ricas colecciones un conjunto de vasos, jarros, fuentes, broches de cinturón y bocados de caballos, todos de metal, bronce o plata, pertenecientes a la Antigüedad y del más alto interés artístico. Muchas de estas piezas han permanecido inéditas hasta ahora, otras sólo son conocidas de los investigadores.

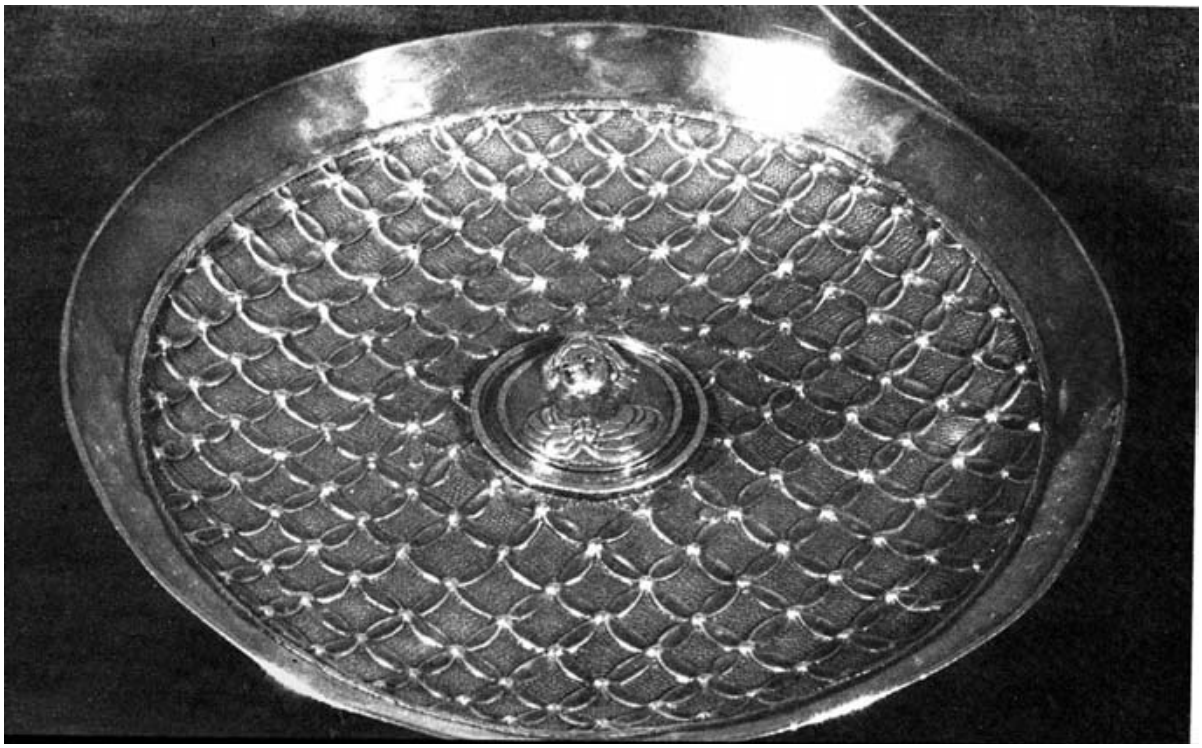
El más antiguo vaso de este grupo (Fig. 1) es uno en forma de tulipa fabricado en plata. Esta forma de recipiente procede del Oriente, donde fue muy usada ya entre los asirios. La trajeron al Occidente los fenicios y se documenta en cerámica en las tumbas de la Ría de Huelva, excavadas por el matrimonio Garrido, fechadas en el siglo VII a. C. Gozó de gran aceptación entre las poblaciones indígenas, tanto íberas, como turdetanas y lusitanas, este tipo de vaso, con variantes; unos ejemplares son más esbeltos, otros más bajos y anchos. A veces no llevan sobre la superficie ningún motivo decorativo, como en la pieza del Museo Lázaro Galdiano y en un ejemplar de Salvacañete (Cuenca), conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Otras veces van decorados con cordones sobre el cuello y hojas lanceoladas muy estilizadas unidas por los tallos sobre el vientre, corrió en el vaso, también de plata, del tesoro céltico de Chão de Lamas (Portugal). A veces el motivo decorativo son trenzas o un tema de lengüetas sobre la intercesión del cuello con el cuerpo del vaso, como en varios ejemplares de Salvacañete. Estos vasos, posiblemente, eran sagrados o lo debieron ser algunos y eran utilizados en las libaciones, como lo indica su presencia en las manos de la llamada Gran Dama, oferente, del Cerro de los Santos, escultura conservada en el Museo Arqueológico de Madrid, o sobre las manos de una dama oferente de un pilar de Osuna (Sevilla), la antigua Urso. También algún exvoto ibérico representa la misma ofrenda, que debía consistir en libaciones de miel, vino, aceite, hidromiel, etc. Varios vasos con esta forma han aparecido en número de 10 en el poblado ibérico de Castellet de Banyoles (Tivisa, Tarragona), destruido, según su excavador J. de C. Serra Ráfols, a finales del siglo III a. C. en las campañas de los romanos en la región. Son más esbeltos que el ejemplar del Museo Lázaro Galdiano; unas piezas son lisas, otras llevan el cuello o los hombros decorados con trenzas y en tres ejemplares el cuerpo va adornado con bellotas o con gallones. Estos fueron probablemente sagra-

Oinochoe romano. Siglo I.

dos, ya que con ellos, formando un grupo, iba una pátera con escenas mitológicas del más alto interés para la interpretación de la religión íbera, con figuras y escenas que obedecen todas a prototipos del Mediterráneo y que prueban un fuerte sincretismo en la religión íbera. Dada la abundancia de plata en la Península Ibérica, bien atestiguada por los autores antiguos, como Livio, Polibio, Estrabón, Plinio, etc., no es de extrañar que estos vasos estuvieran fabricados de este metal y su número relativamente grande. La Península Ibérica fue en la Antigüedad prerromana, al igual que Tracia, una zona un tanto apartada dentro del Mediterráneo y los modelos recibidos seguían copiándose con variantes no fundamentales, durante siglos.

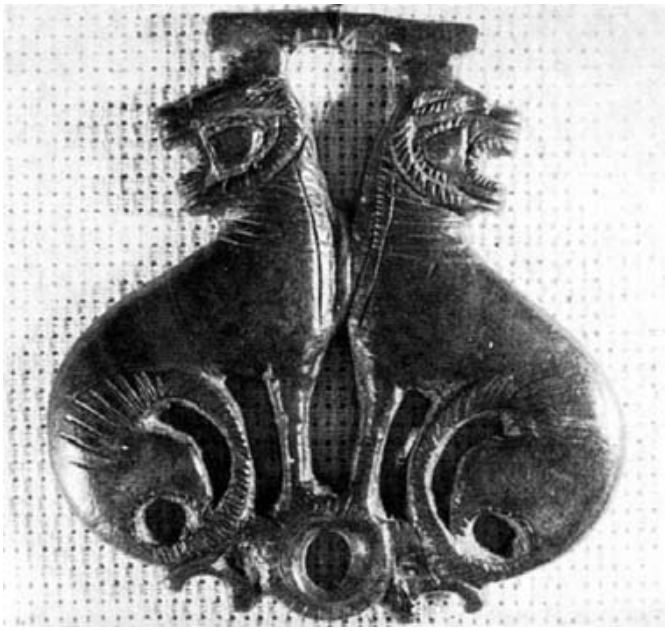
Un oinochoe romano (Fig. 2) de pie redondo y estrecho, cuerpo tronco-cónico, cuello esbelto y asa curva en la parte superior, y de gran elegancia, guarda el Museo Lázaro Galdiano. Este jarro, que se fecha en la primera mitad del siglo I, pertenece a un tipo documentado de jarros romanos, de los que se pueden recordar distintos paralelos, como el oinochoe en vidrio, conservado en el Britísh Museum, procedente de Pompeya; un segundo, en bronce, de cuello más estrecho y con máscara de león, en la extremidad superior del asa, hallada en Santon Downham, Suffolk, Inglaterra, publicado por J. M. C. Toynbee; un tercer oinochoe, hecho igualmente en bronce, recogido en la Casa de Menandro en Pompeya y un cuarto ejemplar con máscara de Sileno en la extremidad del asa —en la pieza del Museo Lázaro Galdiano es un erote— conservado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, publicado por nosotros hace algunos años. Este jarro se utilizaba para el agua o el vino y tuvo gran aceptación en todo el Imperio Romano a comienzos de la época imperial. En estos años se desarrolló en Italia, principalmente en Campania y Tarento, una artesanía muy floreciente de objetos de bronce, lámparas, utensilios de mesa, jarros, vasos, fuentes, etc., que se exportaron a todas las provincias; gran parte de las piezas conservadas en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, algunas publicadas por nosotros, debieron llegar a España entonces. El Museo Nacional de Nápoles exhibe, procedente de Pompeya, un gran número de ellas. Spinazzola, el afortunado excavador de Pompeya, ha reproducido pinturas en las que se representan mesas con todos estos utensilios de bronce. Hispania y Britania, a pesar de contar con excelentes minerales, no desarrolló una artesanía de objetos en metal, como Italia,

Lanx de plata del Bajo Imperio



donde esta artesanía ya se desarrolló en el siglo VI a. C., fecha en que tanto Tarento, como Campania, eran famosas por sus jarros de bronce.

La tercera pieza que damos a conocer (Fig. 3) es un lanx, disco circular, de borde plano, con un elegante motivo de círculos secantes y un busto en el centro, dentro de un doble círculo. El tema decorativo de los círculos secantes estuvo de moda en los mosaicos del Bajo Imperio en Hispania; es una decoración sencilla, pero de gran vistosidad. Baste recordar, entre otras muchas piezas que se podrían enumerar, el mosaico del atrium de la villa romana de la Torre Llauder de Mataró, publicada por M. Ribas; el mosaico de Puig de Cebolla (Valencia), dado a conocer por J. Puig Cadafalch, o el pavimento de la habitación 27 de la villa romana de Liédena (Navarra), publicado por J. M. Mezquíriz, B. Taracena y L. Vázquez de Parga. Este lanx pertenece a un conocido grupo de fuentes, muy utilizado en el Bajo Imperio por las altas capas de la sociedad romana, que concentraban en sus manos el poder económico y político y que se encontraban aún paganizada. Son piezas de gran elegancia por sus formas, y de un gusto muy refinado por los motivos decorativos paganos en el centro o sobre el borde. Entre los muchos ejemplares famosos descuellan los aparecidos en Inglaterra y conservados en el British Museum, como el lanx del tesoro de Chatusange, con Hermes con caduceo entre un gallo y un cordero. El dios viste clámide colgada del hombro. Una segunda pieza de este mismo tesoro está decorada con gallones y tiene la elegancia de la sencillez; un cuenco de idéntica procedencia lleva un disco adornado con figuras en relieve de máscaras de Pan o de sátiro entre elefantes, plantas de perfiles estilizados, y monstruos marinos de cola triforme. En otro cuenco perteneciente al tesoro de Charource, el motivo decorativo del borde son hojas de acanto, pajarillos y hojas sujetas a serpenteantes tallos. Todas estas piezas han sido catalogadas, hace ya muchos años, por H. B. Walters. La pieza cumbre de todos estos cuencos, fuentes o discos, es el disco con cabeza de Océano en el centro, del tesoro de Mindenhall, fechado en el siglo IV, decorado el anillo interior con un thiasos de Nereidas, entre centauros y animales marinos. El círculo exterior tiene un thiasos báquico. La pieza central es el dios del vino, representado desnudo y apoyando su pie izquierdo sobre una pantera recostada; sostiene el brazo izquierdo el thyrsus, mientras un Sileno le aproxima una copa de vino. El resto del espacio está lleno de Ménades, Sátiros, de un Pan barbudo, todos danzando, con una pantera y objetos báquicos en el centro. Del mismo taller salieron, sin duda, dos discos de plata adornados igualmente con escena báquicas en relieve. En uno de ellos una Ménade toca una doble flauta mientras danza un Pan que lleva una gran siringa y un bastón curvo, pedum. En la parte superior el artista representó a una ninfa recortada sobre un ánfora de la que brota un chorro de agua. En el segundo disco se representó una Ménade danzando con thyrsus y pandero, delante de otro sátiro desnudo, que inicia un paso de danza; en el campo se ve una fuente tapada, una siringa, címbalos, y un cayado encima de un gran racimo de uvas. Estas composiciones báquicas situadas en el campo encajan muy bien en los gustos de las capas altas de la sociedad romana del final de la Antigüedad, bien descrita por Sidonio Apolinar, y cuya riqueza eran grandes extensiones de tierras. Estos latifundistas vivían en sus fincas. Precisamente el amor al campo es uno de los mejores legados, como señala nuestro J. Caro Baroja, que nos ha transmitido el final de la Antigüedad. Este amor al campo queda bien reflejado en los temas que prefieren para los mosaicos estos ricos, que son frecuentemente temas campestres, como las deliciosas composiciones de hojas, arbustos, aves y cestas de frutos de la villa romana de Albera (Lérida), o el Orfeo amansando a las fieras en pleno campo, representado por los arbustos y rocas, del mosaico de Zaragoza. El célebre mosaico de las Musas de Arróriz (Navarra), dado a conocer por A. Fernández de Avilés, coloca a las musas en el campo, delante de las fincas rústicas. Los temas báquicos son muy del gusto de estos latifundistas, como lo indican los excelentes mosaicos con temas báquicos aparecidos en España y Portugal y fechados en el siglo IV, como los hallados en Alcalá de Henares, Torre de Palma (Portugal), Mérida con Dionysos y Ariadna, el de Zaragoza con el triunfo de Baco y el de Valdearados, etc. Es obligado citar una última pieza, debido a su alta calidad artística, perteneciente a todo este arte menor por su tamaño, pero de un gusto muy refinado y exquisito: el lanx, en este caso cuadrangular, de plata, como todas las piezas citadas, adornado con Apolo delante de un templo, Leto, Asteria-Ostigia, Atenea y Artemis. A este grupo de cuencos y discos, entre los que se podían recordar otros



Fragmento de bocado de caballo, del Bajo Imperio.

Fragmento de bocado de caballo, del Bajo Imperio.

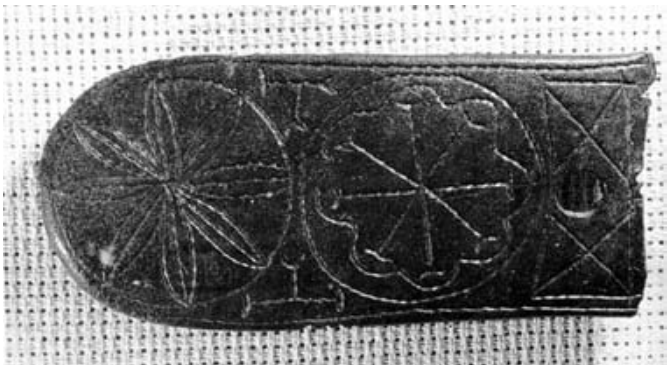
muchos, pertenece el ejemplar del Museo Lázaro Galdiano. Posiblemente está fabricado en la Península, como parece indicarlo el citado motivo decorativo central, tan frecuente en la musivaria hispana del Bajo Imperio.

El Museo Lázaro Galdiano guarda varias piezas de bocados de caballos, fechados en el Bajo Imperio, del más alto interés. Estos bronces pertenecen a un conjunto de arneses, que fueron estudiados hace ya años por el P. de Palo!; en los últimos años a los ejemplares catalogados se han añadido otros varios. Uno de ellos representa en relieve a un jinete al galope seguido de un perro y fue publicado por nosotros (Goya 99, 1970, 139, fig. 11). Un segundo bronce lo fue por José Ferrandis, lleva dos cabezas de caballos afrontadas de espaldas, muy estilizadas, cuya parte inferior son dos cuerpos de delfines. Un paralelo inédito ha aparecido el verano pasado en Cástulo (Jaén), en las excavaciones que dirigimos. Precisamente las representaciones de caballos en estos arneses son muy frecuentes. Baste recordar las dos piezas de Clunia (Burgos], hoy en el Instituto de Valencia de Don Juan de Madrid; la placa de Cervantes (Palencia), muy semejante a la conservada en el Musée des Antiquités Nationales, de París; las ruedas caladas de Monturque (Córdoba) y de Guimaraes (Portugal), la falera de la Colección Fontaneda, etc. Animales afrontados con las cabezas vueltas hacia atrás, también se documentan en abundancia en estos bronces. Baste recordar el fragmento de bocado, de procedencia desconocida, pero ciertamente española, con asas, dado a conocer por P. de Palo!; los ejemplares con panteras afrontadas, hallado en Elche, en Granada y el ejemplar sin una cabeza del Museo Lázaro Galdiano. Este museo guarda una cuarta pieza (Fig. 4) excelente por su estado de conservación, y que es un magnífico exponente del arte de los pueblos bárbaros, de formas estilizadas, pero sumamente elegantes y realistas. En otro bronce de éste mismo museo se representó un hombre en lucha con un león (Fig. 5), tema — el de la caza — muy del gusto de los grandes latifundistas, para quienes se fabricaban estos arneses de caballos. La caza era un símbolo del poder constituido, según Grabar y Balty, como aparece en los reversos de las monedas de la primera mitad del siglo IV, representando al emperador cazando. Esta composición tuvo una gran aceptación entre los dueños de las fincas posiblemente como emblema de su dominio y se encuentra en todo el Mundo Antiguo. Baste recordar las dos ruedas caladas citadas del Museo Lázaro Galdiano; la procedente de Burgos, guardada en el Museo Arqueológico de Barcelona, con jabalíes y cervatillos; la sítula de Bueña (Teruel), también con cacería de león; el mosaico de Ramalete (Navarra) de Dulcitius cazando una cierva, mosaico que Bianchi-Bandinelli, consideraba inspirado en la producción sasánida del siglo IV, como la pátera de plata con escenas de caza de jabalíes, de la segunda mitad del siglo IV, de Washington y el mosaico conservado en el Museo Arqueológico de Mérida con cacería de jabalí, muy del gusto africano. Un mosaico de Pedrosa de la Vega (Palencia), estudiado por P. de Palol, tiene una gran composición de cacería; el hallado en Conimbriga (Portugal) y los mosaicos de la cúpula de Centcelles (Tarragona), que es la obra cumbre de todas estas representaciones por su calidad artística, movimiento de las figuras, muy bien logrado, realismo en la ejecución de hombres y animales y el estudio del colorido.

Los broches de cinturón visigodos del Museo Lázaro Galdiano son dignos de dar a conocer al gran público interesado por el arte antiguo.

El primero es un broche de cinturón de placa (Fig. 6) con decoración grabada, con un rosetón de seis pétalos en la parte inferior, una composición geométrica en la central y un doble dibujo de aspas en la superior. Pertenece esta pieza a un conocido grupo de broches de cinturón de placa rígida, de las que la Península Ibérica ha dado muy buenos y variados ejemplares con figuras animalísticas y vegetales en relieve, entre los que cabe enumerar el ejemplar procedente de Estables (Guadalajara), guardado en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, con leones rampantes afrontados entre el árbol de la vida, tema de origen mesopotámico de gran tradición en el Oriente, que los pueblos bárbaros trajeron al Occidente al final de la Antigüedad, y serpientes. Más próxima por la técnica del dibujo en incisión es la pieza hallada en la provincia de León, conservada en el mismo museo de Madrid, con aves y tallos estilizados entre temas florales. Las excavaciones de San Cugat del Valles (Barcelona) han proporcionado un broche, también con la técnica de decoración grabada, con dos caballos afrontados. La pieza mejor lograda se conserva igualmente en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y procedente de la provincia de León. En ella se representa el acoso de un cérvido por dos felinos. De gran originalidad es la placa, con caballo calado, de la Antigua Colección Vives, hoy conservada en el citado museo madrileño. La misma técnica del calado se repite en otro ejemplar de esta colección guardada en el mismo museo con la lucha del hombre con un león, tema que hemos encontrado en las piezas del arnés del Bajo Imperio y en la sítula de Bueña (Teruel). A veces el motivo decorativo de estos broches de placa rígida son arcos de herradura, de gran tradición en las estelas hispanas de la Meseta en los siglos II

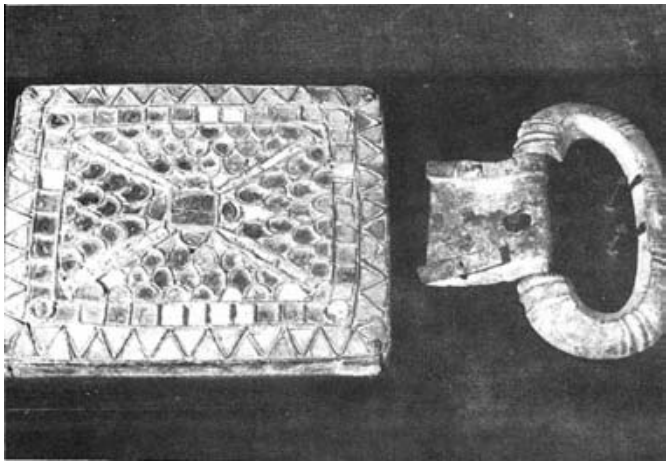
Broche de cinturón visigodo.



Broche de cinturón visigodo

y III, y cuya significación ha sido muy discutida, como en la pieza procedente de Yecla de Santo Domingo de Silos (Burgos). Más importante y barroco ¡por su decoración es el broche hallado en Olmos (Lérida), con la misma técnica del calado, con representación de la adoración de los Reyes en la zona superior y dos caballos afrontados en la inferior. Otras veces las figuras en calado son pavos reales dentro de rollos vegetales, como en el ejemplar de La Guardia (Jaén), tema, el de los rollos vegetales, que aparece en mosaicos hispanos del Bajo Imperio, como en el mencionado de época teodosiana, bien estudiado por A. Blanco, de Dionysos y Ariadna, del Museo Arqueológico de Mérida. Bianchi Bandinelli, al estudiar el arte romano del Bajo Imperio, señalaba, con ocasión de aludir al citado mosaico de Mérida, que a elementos iconográficos tradicionales se incorporaban elementos ornamentales locales. Estos temas decorativos, posiblemente privados ya de su primitiva significación astral, como simples motivos decorativos, adornan también mosaicos de fuera de la Península, como el de Die (Drôme), publicado por Carandini.

Broche de cinturón de placa rectangular.



El segundo broche de cinturón (Fig. 6) pertenece al tipo llamado arriñonado y con ellos P. de Palol ha formado el tercer grupo de su clasificación. Son broches de placa rígida y fundida, con la decoración distribuida en los espacios que dejan libres fuertes cordones, que dividen la superficie en diversos campos. Son típicos del siglo VII. En España piezas del mismo grupo de broches, fabricadas con la misma técnica, han aparecido en San Julián de Ramis (Gerona) y en Pineda (Barcelona).

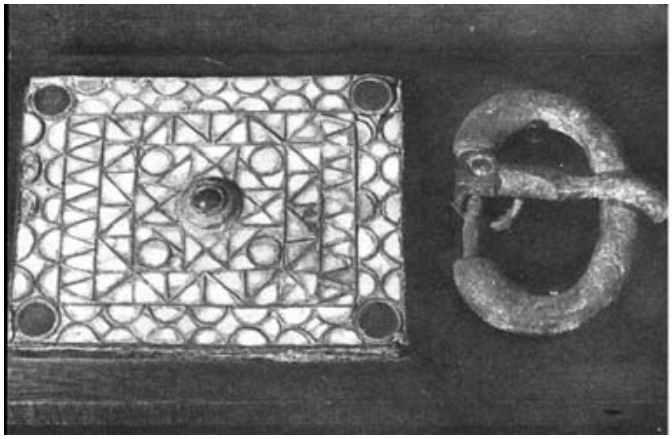
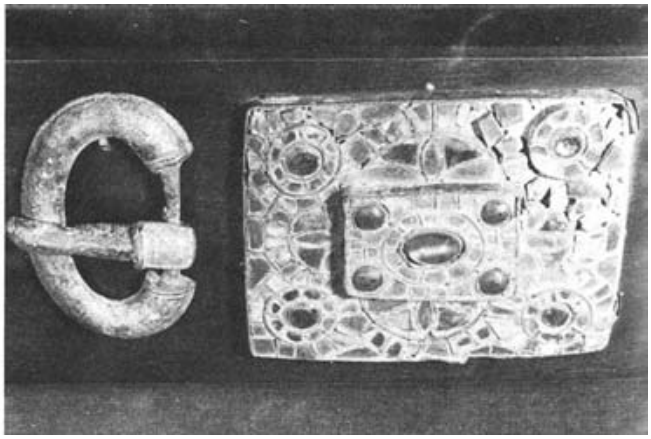
Tres broches de cinturón visigodos de placa rectangular guarda entre sus magníficas colecciones el Museo Lázaro Galdiano. El primero (Fig. 7) es un broche de cinturón con celdillas formadas por un triple motivo decorativo: imbricaciones en el centro y doble fila de rectángulos en el interior y triángulos en el borde, todo relleno de cristalitos de diversos colores. En el centro lleva el broche un cristal rectangular colocado sobre el punto de intercesión de una decoración en aspa. Un paralelo exacto a esta pieza en cuanto a los temas decorativos procede de Castiltierra (Segovia) y se recogió en las excavaciones efectuadas por J. M.ª de Navascués y por E. Campos. La pieza del Museo Lázaro Galdiano ha salido ciertamente del mismo taller y su fecha es el siglo VI. Una pieza más recargada en la decoración y con otros temas decorativos es la hallada en la necrópolis visigoda de Duratón (Segovia) y procede de las excavaciones efectuadas .por A. Molinero.

El segundo broche (Fig. 8) va adornado con cuatro vidrios en los extremos y un cuarto en el centro. Los motivos decorativos son imbricaciones en la franja exterior y triángulos en el interior, un paralelo muy próximo se recogió en la misma necrópolis segoviana y se conserva hoy en el Museo de Barcelona.

La tercera pieza madrileña (Fig. 9) tiene dos partes bien diferenciadas. En el centro hay un rectángulo en relieve con cuatro vidrios circulares en los ángulos y uno ovalado en el centro, dentro de un círculo, todo ello decorado con celdillas y el resto de la placa repite en los extremos el tema decorativo del interior y el resto del campo va decorado con círculos formados de cristales, y con cristales en los espacios intermedios.

Esta técnica de incrustaciones es de gran elegancia y vistosidad, fue muy usada por los artistas visigodos del siglo VI. Los ejemplares del Museo Lázaro Galdiano son entre las piezas hispanas conocidas, las que presentan más calidad. Esta técnica se empleó igualmente para la decoración de las fíbulas redondas de bronce, con incrustaciones de cristalinos, halladas en Daganzo de Arriba (Madrid).

Broche del cinturón de placa rectangular con celdillas



Broche de cinturón visigodo